 **¡Es Navidad!**

**Domingo II de Navidad –ciclo C-**

**Textos: Eclesiástico 24,1-2.12-16**

**Salmo 147; Efesios 1.3-6.15-18**

**Juan 1,1-18**

El Eclesiástico, uno de los Libros sapienciales del Antiguo Testamento, recoge este texto elaborado en dos tiempos: en el primer momento la sabiduría viene presentada como una realidad personal que recibe la alabanza de alguien que la observa y la reconoce en su raíz más profunda. Situada en medio del pueblo su procedencia es mucho más trascendente, pues se remite a la asamblea del Altísimo y su gloria se afirma en el corazón de la misma Divinidad. En un segundo momento, es la misma sabiduría la que habla de sí misma corroborando aquello que de ella se dice y presentándonos no solo su origen sino también su misión: *“Entonces el Creador del Universo me ordenó, el Creador estableció mi morada…”.* El pueblo cristiano hace de este texto una lectura cristológica, aunque no de manera exclusiva, pues la tradición también la refiere a la tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo; y en algunas ocasiones a María, Madre de Dios *(Theotokos).* La visión cristológica, sin embargo, predomina: Jesucristo, Sabiduría de Dios, tiene su origen en el Seno de la Divinidad; desde esa intimidad de relación divina, le corresponde darse a conocer al mundo creado, y dar a conocer el plan salvador de Dios. Y lo hace de una manera afectiva, tocando el mismo centro de la humanidad creada, la “porción elegida del Señor”, su “*Segulah”,* la herencia personal de Dios. Desde el corazón del “resto” elegido, pequeño e insignificante para los pueblos más poderosos de la tierra, la Sabiduría divina ejerce su poder salvador.

- El pueblo orante sabe que está en su identidad ser el pueblo de la alabanza, y eso hace. Nosotros/as, miembros del pueblo de la nueva alianza, asumimos esta condición orante y de alabanza. Cristo es la gloria de Dios hecha hombre en medio de su pueblo. Así lo vivimos y así lo proclamamos.

- Como comunidad de fe (*Iglesia*), alzamos nuestra alabanza al Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, conscientes de que somos una comunidad elegida para llevar a cabo la misión evangelizadora en la que el proyecto divino se afirma y se realiza en todos y cada uno de sus miembros. El mismo Dios *Padre* que envió a Jesús, nos llama y envía a cada bautizado/a en él, para que seamos portadores y testigos de su *gloria*, término este que se repite sin cesar para mostrarnos la firmeza de la condición divina que nos ha sido regalada en el mismo Cristo, Jesús. Pablo hace una preciosa oración de intercesión por la comunidad, que debiera formar parte de nuestra oración incesante a Dios por la comunidad creyente: *“que el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerle. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cual es la esperanza a la que os llama, cual la riqueza de la gloria que da en herencia a los santos.”* ¿Qué menos podemos desearnos en estos tiempos tan desesperanzados…?

- Juan aborda el nacimiento del Hijo de Dios e Hijo de María, desde el sentido más elevado del misterio: *“En el Principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios…”* Existir y estar son dos verbos que revelan la condición dinámica y la relación personal del Verbo con su Origen (Padre), relación de intimidad tanto en el existir como en el actuar. Los términos antagónicos “luz”, “vida”/ “tinieblas”, “muerte” va creando el clima envolvente en el que se desarrolla la salvación en Jesucristo: viene de Dios para dar luz a los hombres que andan en tinieblas de muerte, *“viene a su casa y los suyos no lo recibieron”.* Estamos viviendo a la vez el gozo de la salvación y la tragedia de la muerte. Celebrar la Navidad es hacer memoria viva de nuestra realidad cotidiana: Dios viene y me salva ¿Acojo yo esta salvación? La Palabra es vida ¿respondo yo comprometiéndome con la vida…?

***Trinidad León M., mc***